

SOLEMNIDAD DE LA PASCUA 7 y 8 DE ABRIL DEL 2012

Hace unos veinte años, mientras servía en calidad de Presidente de la Comisión de Oficios Litúrgicos de la Arquidiócesis, fui invitado por el sacerdote y los feligreses de una pequeña parroquia rural para que les ayudara con algunos cambios previstos en su lugar de adoración. Al llegar a la iglesia, me llamó la atención de inmediato una hermosa lámpara de bronce que colgaba justo encima del altar, la cual sostenía un globo rojo de cristal en el que se mantenía una vela ardiendo perpetuamente, delante de la Eucaristía que está guardada donde se mantiene el tabernáculo. Su ubicación estaba de acuerdo a la costumbre antes de los cambios en la liturgia, en la década de 1960. Colgaba, de manera baja e inestable sobre el altar, a sólo poco más de tres pies de distancia. Otras iglesias que tenían arreglos similares habían trasladado sus lámparas a un lado o las colgaban más alto; y yo me preguntaba si esta parroquia había considerado alguna de esas ideas. Sabiendo que cada parroquia tiene sus "historias" antes de hacer mi pregunta, pregunté por esa lámpara. De hecho, había una historia, una historia que toca el misterio de la vida de resurrección que celebramos esta noche (hoy).

La iglesia había sido construida a mediados de la década de 1940. Un par de años después de terminada la construcción, una tormenta de primavera dio lugar a un tornado que pasó por la zona acabando con todo a su paso. La iglesia no fue la excepción. El tornado derrumbó las paredes exteriores reduciéndolas a un montón de escombros en el sótano. Todo lo que quedaba de la iglesia era la entrada principal que contenía el campanario, y en el extremo opuesto la zona del pequeño altar. Colgando en la coyuntura de la zona del altar y de la sección principal de asientos estaba la lámpara del santuario. El edificio había desaparecido en ese momento. Milagrosamente, no sólo no se había dañado la lámpara, sino que también el globo rojo y la vela en su interior revestida de vidrio estaban intactos; la llama de la vela seguía ardiendo! Uno de los feligreses de mayor edad, con lágrimas en los ojos me dijo: "Esa noche no teníamos electricidad. En la oscuridad después del tornado, cuando todos habíamos perdido todo, la única luz que se podía ver aquí en la ciudad, y por algunas de las personas que vivían a una milla de distancia, era esa pequeña llama roja que ardía en nuestra iglesia. Nos dio consuelo y esperanza. Sabíamos que a pesar de todo lo que nos había sucedido, Dios no nos había abandonado. Dios todavía estaba con nosotros. Nos levantaríamos de nuevo. Desde entonces cada vez que venimos a la iglesia, esa lámpara nos

recuerda aquel día terrible y la presencia de Dios con nosotros esa vez, y todavía con nosotros".

Si bien las normas litúrgicas y estéticas podrían sugerir un lugar más óptimo para la lámpara, después de oír esa historia, yo no iba a sugerir ningunos cambios. Hasta hoy día, esa lámpara cuelga en donde siempre lo ha hecho en esa pequeña iglesia rural.

La Pascua proclama la victoria definitiva de Dios sobre el pecado, el mal y la muerte a través de la resurrección de Jesús de entre los muertos. Sin embargo, la Pascua no obliga a una creencia, sino que más bien invita a la fe. Nadie vio personalmente a Jesús resucitar de entre los muertos. La invitación de la Pascua, creo yo, es mejor experimentada en el relato de la mañana de Pascua en el Evangelio de San Juan. Los discípulos, Pedro y Juan, llegan a la tumba vacía. Se nos dice que Pedro entró en la tumba. El simplemente vio una tumba vacía. La fe, para Pedro, vendría después. El Discípulo Amado, por el contrario, se nos dice que entró en la misma tumba y, "vio y creyó"; frente a la destrucción y la oscuridad, vio la luz. ¿Cuál es la diferencia? La diferencia es que el Discípulo Amado ya había hecho una decisión consciente, una elección deliberada, de abrir su mente, corazón y voluntad, toda su vida, a una relación con Jesús. El corría el riesgo de permitir que Jesús penetrara en todos los aspectos de su vida; puso toda su confianza en Jesús, permitió que Jesús viviera en él, incluso antes de los acontecimientos de su pasión y muerte. Y aquel momento, viendo las pruebas físicas ante él, vio claramente con la luz y los ojos de la fe, que todo lo que Jesús había dicho y prometido se había cumplido, y que ahora estaba en él, en su vida; que el Espíritu de Jesús había pasado. Jesús no sólo había regresado a su Padre, él ahora en el Espíritu también vivía dentro de su vida. No importaba lo que pudiera sucederle a partir de ese momento, nunca estaría solo, porque él llevaba en su interior la vida de Jesús. Este es el regalo e invitación de la Pascua para nosotros. Esta es la verdad que permitió a una pequeña comunidad rural devastada ver en una pequeña y frágil llama, que brillaba en su noche de muerte y destrucción, el poder y la promesa de Dios.

"Que la luz de Cristo levantada en gloria disipe la oscuridad de nuestros corazones y mentes" (*La Vigilia Pascual: Rito de la bendición del fuego y preparación de la vela*).

¡Una Pascua Bendita para todos ustedes!